

berg. Quedó en la plaza un batallón para estipular la capitulación, y éste la entregó al mariscal Soult, quien entró inmediatamente en ella. Encontramos en Königsberg granos, vinos, cien mil fusiles enviados por Inglaterra y embarcados todavía en los buques que los habían conducido, y por último, un número considerable de heridos que se hallaban allí desde la batalla de Eylau. Otros varios miles había también en los lugares circunvecinos.

Los generales Lestocq y Kamenski, llevando sus tropas con toda la celeridad por el camino de Königsberg á Tilsit, pudieron penetrar en la selva de Baum antes que el mariscal Davout y el príncipe Murat interceptasen el camino de Tapiau á Labiau. Sin embargo, no se reunieron con el general Benningsen sin dejar tres mil prisioneros en poder del mariscal Davout.

Trasladado Napoleón á Wehlau continuó persiguiendo al ejército ruso sin descanso, preparando emboscadas contra sus cuerpos destacados para caer sobre los que estuviesen rezagados. Hizo que el mariscal Soult se quedase en Königsberg para que, establecido allí, empezase inmediatamente el ataque de Pillau. Tomado este pequeño fuerte, la guarnición de Königsberg debía unirse por el Nehrung con la de Dantzig, y además cerrar á los franceses el Frische-Haff, donde navegaban á la sazón los marinos de la guardia. Envió á su edecán Savary á tomar el mando de la plaza de Königsberg, conforme había enviado á Rapp á Dantzig, con intención de precaver la malversación del botín cogido al enemigo y de crear un nuevo depósito. Dirigió al mariscal Davout sobre Labiau, punto del Báltico donde se reconcentra toda la navegación interior de aquellas provincias, y le confió un cuerpo de varios miles de caballos mandados por el general Grouchy para apoderarse de los destacamentos rusos que habían quedado atrás. Por el camino recto de Wehlau á Tilsit encaminó á Murat con el grueso de la caballería, é hizo que le siguiesen inmediatamente los cuerpos de Mortier, Lannes, Víctor y Ney. El cuerpo de Davout debía en caso necesario unirse con el ejército en una sola jornada. De este modo podía Napoleón aniquilar á los rusos si tenían la pretensión de pararse de nuevo á combatir. Diseminó por la derecha dos mil caballos ligeros, entre húsares y cazadores, para que subieran por el Prégel cortando el camino á todos los heridos, enfermos, rezagados y convoyes que se retirasen por aquel lado.

Estas acertadas disposiciones nos proporcionaron además la captura de varios miles de prisioneros y de varios convoyes de víveres, pero no era posible que nos proporcionasen una nueva batalla con los rusos. Presurosos por guarecerse con el Niemen, llegaron á él el día 18, acabaron de atravesarle el 19, é inutilizaron todos los medios de tránsito hasta muy lejos. El día 19 nuestras veloces avanzadas, después de haber perseguido á varias bandadas de kalmucos armados de flechas, lo que proporcionó gran distracción á nuestros soldados, poco acostumbrados á enemigos de esta especie, se internaron hasta el Niemen, y vieron al otro lado del río al ejército ruso acampado detrás de este baluarte del imperio hacia el cual había corrido con tanta impaciencia.

Allí debía finalizar la atrevida marcha del ejército francés, que saliendo del campamento de Boloña en septiembre de 1805, había recorrido la mayor extensión

del continente y batido en veinte meses á todos los ejércitos europeos. Iba por fin á detenerse el nuevo Alejandro, no por cansancio de sus soldados, dispuestos á seguirle doquiera hubiese querido conducirlos, sino por agotamiento de sus enemigos, incapaces de resistir más tiempo, y obligados á pedirle la paz que pocos días antes habían tenido la imprudencia de rehusar.

El rey de Prusia había dejado en Memel á la reina su esposa, inconsolable instigadora de tan funesta guerra, para reunirse con el emperador Alejandro en las orillas del Niemen. El modesto Federico Guillermo, á pesar de que no participaba de las locas ilusiones que la batalla de Eylau había producido en su joven aliado, se había dejado arrastrar no obstante á rehusar la paz, y ahora preveía que aquella repulsa iba á costarle la mejor parte de sus Estados. Alejandro estaba abatido como después de la batalla de Austerlitz: echaba la culpa de los últimos acontecimientos al general Benningsen, que había prometido lo que no podía cumplir, y ya no tenía ánimos para continuar la guerra. Por otra parte su ejército pedía la paz á gritos, no porque estuviera descontento de sí mismo, pues reconocía haber cumplido con su deber, así en Heilsberg como en Friedland, sino porque no se creía capaz de resistir al ejército de Napoleón, todo reunido después de la toma de Königsberg, reforzado con las tropas de Massena que acababa de arrollar en Durczewo al cuerpo de Tolstoy, y que podía oponer ciento setenta mil hombres á los setenta mil soldados que, entre prusianos y rusos, quedaban en pie. Preguntaba por quién se batía, si era por los prusianos, que no sabían defender su país, ó si era por los ingleses, que después de haber anunciado tantas veces sus auxilios, ni enviaban ninguno ni pensaban más que en conquistar colonias. Su desdén con respecto á los prusianos era injusto, porque se habían portado con valor en los últimos tiempos y habían hecho cuanto de su escaso número podía esperarse. Los prusianos á su vez se quejaban de la barbarie, de la ignorancia y de la devastadora ferocidad de los soldados rusos; sólo estaban acordes entre sí en culpar á los ingleses. Éstos, en efecto, hubieran podido, acudiendo ó bien á Stralsund ó bien á Dantzig, suministrar útiles, socorros, y tal vez cambiar ó retrasar por lo menos la marcha de los acontecimientos; pero sólo se habían mostrado activos para enviar á las colonias españolas ejércitos, y los mismos subsidios, que á falta de ejércitos constituían su sola cooperación, los habían escatimado hasta el punto de entibiar al rey de Suecia y hacer que se fastidiase de la guerra. Parece que la facultad de quejarse es un consuelo en la desgracia, por lo cual rusos y prusianos murmuraban á la sazón sin rebozo del gabinete británico. Los oficiales rusos, en particular, decían á voz en grito que sólo por los ingleses y por su miserable ambición se había hecho que se batieran unos hombres pundonorosos que no tenían el menor motivo para tenerse envidia, puesto que en último resultado la Rusia y la Francia no tenían nada que codiciarse la una á la otra.

Los dos monarcas vencidos participaban de todo el odio de sus soldados contra la Inglaterra y comprendían aún mejor que ellos la necesidad de abandonar su causa y de conseguir inmediatamente la paz. El rey de Prusia, que por su parte la hubiera deseado antes y que preveía lo caro que le iba á costar el haberla retrasado,

fué de opinión, sin mostrar la menor queja, de que debía solicitarse de Napoleón, y dejó al emperador Alejandro el cuidado de negociarla. Esperaba que su amigo, que era el único que había querido aquella funesta prolongación de la guerra, le defendería en las negociaciones mejor que en el campo de batalla. Convínose, pues, en que se propusiese un armisticio y que, una vez conseguido, tratase el emperador Alejandro de proporcionarse una entrevista con Napoleón. Sabíase por experiencia cuánto le halagaban á éste los miramientos de los soberanos enemigos, y cuán fácil de contentar era después de conseguida la victoria, y el recuerdo de lo que de él había logrado el emperador Francisco en el vivac de Urchitz, hacía esperar una paz menos costosa de lo que era de temer, sino por la Rusia, que no exponía más que su crédito, al menos por la Prusia, que estaba toda entera en manos de su vencedor.

Por lo tanto, el día 19 de junio el príncipe Bagratión envió á Murat por medio de sus avanzadas una carta escrita por el general en jefe Benningsen, en la cual, deplorando éste las desgracias de la guerra, proponía un armisticio como medio para finalizarla. Entregada esta carta á Napoleón, que acababa de llegar á Tilsit, fué muy bien recibida; porque, como ya hemos dicho, empezaba á conocer cuánto agravaban las distancias las dificultades de las operaciones militares. Cerca de un año hacía que se hallaba lejos del centro de su imperio, y experimentaba la necesidad de regresar á él, y principalmente de reunir al cuerpo legislativo, cuya convocación había diferido por no hacerla en su ausencia. Finalmente, á fuerza de oír las opiniones que reinaban en el ejército ruso, llegó insensiblemente á creer que encontraría quizá en la Rusia el aliado que había menester para cerrar para siempre el continente á la Inglaterra.

Su respuesta por lo tanto fué amistosa, y se redujo á decir que después de tantos trabajos, fatigas y victorias, sólo deseaba una paz segura y honrosa, y que si aquel armisticio podía ser un medio para lograrla, estaba pronto á consentir en él. Con esta respuesta, el príncipe de Labanoff se trasladó á Tilsit, vió á Napoleón, le manifestó las buenas disposiciones que por todas partes rodeaban á Alejandro, y después de cerciorarse de que por parte de los franceses no era el deseo de la paz menos vivo, aunque sí menos necesario, convino en un armisticio. Quería Napoleón que las plazas prusianas de la Pomerania y de la Polonia, que aún se resistían, como Colberg, Pillau y Graudenza, le fuesen entregadas. Pero para esto era menester el consentimiento del rey de Prusia, ausente á la sazón del cuartel general ruso, y de parte del cual se temía alguna resistencia cuando se le propusiese que abandonara dichas plazas, últimas que habían quedado entre sus manos. Se estipuló por lo tanto un armisticio particular entre los ejércitos francés y ruso, que fué firmado el día 21 de junio por el príncipe de Labanoff y por el príncipe de Neufchatel y llevado al cuartel general de Alejandro, que lo ratificó inmediatamente.

Presentóse luego el mariscal Kalkreuth para tratar en nombre del ejército prusiano. Recibióle Napoleón con muchos miramientos, díjole que era al militar distinguido, y sobre todo al militar cortés, único entre los oficiales de su nación que había tratado bien á los pri-

sioneros franceses, á quien recibía de aquel modo, y concedió una tregua, sin exigir la entrega de las plazas prusianas. Además de lo generoso que era dejar esta prenda en manos de la Prusia, el ejército francés no tenía que temer por ello, pues sobre hallarse sólidamente establecido en el Vístula por Varsovia, Thorn y Dantzig, y en el Prégel por Königsberg y Wehlau, de puntos tales como Colberg, Pillau y Graudenza poco debía dársele. Fué firmado, pues, el armisticio con el mariscal Kalkreuth, lo mismo que lo había sido con el príncipe de Labanoff. La demarcación que separaba á los ejércitos beligerantes era el Niemen hasta Grodno; volviendo hacia atrás por la derecha, el Bóber hasta su embocadura en el Narew, y finalmente el Narew hasta Pultusk y Varsovia.

Sin ceder Napoleón un punto de su acostumbrada vigilancia, organizó su ejército detrás de esta línea, como si hubiera de continuar en breve la guerra y llevarla al centro del imperio ruso. Hizo que se le acercara el cuerpo de Massena y le estableció en Bialistok. Reunió los polacos de Dombrowski y de Zayonschek en un solo cuerpo de diez mil hombres, destinado á unir á Massena con el mariscal Ney. Situó á éste sobre el Prégel en Gumbinen. Reunió en Tilsit á los mariscales Mortier, Lannes, Bernadotte y Davout, la caballería y la guardia; dejó al mariscal Soult en Königsberg; mandó disponer en Wehlau un campo atrincherado para reconcentrarse en él todo su ejército en caso necesario; dió órdenes en Dantzig y en Königsberg para distraer una parte de las inmensas provisiones encontradas en dichas plazas y hacerlas trasladar al Niemen, y por último mandó al general Clarke que estaba en Berlín, y al mariscal Kéllermann que se hallaba en Maguncia, que continuasen encaminando hacia el Vístula los regimientos que estaban de marcha, enteramente como si continuase la guerra. De las varias medidas que había tomado con objeto de aumentar sus fuerzas á la primavera, sólo suspendía una, que fué el llamamiento de la segunda parte de la quinta de 1808. Quiso que esta noticia llegase á Francia al mismo tiempo que la de sus triunfos, para que fuese un nuevo motivo de júbilo y de aplausos para sus victorias.

En esta actitud imponente esperó Napoleón que se abriesen las negociaciones, é invitó á Mr. de Talleyrand, que había ido á Dantzig para estar algo más seguro y descansado, á que pasase inmediatamente á Tilsit para auxiliarle con su destreza y con su pacienzuda habilidad. Napoleón, según su costumbre, dirigió á su ejército una proclama que respiraba á un mismo tiempo la grandeza de su alma y la de aquellas circunstancias, concebida en estos términos:

«Soldados:

»El día 5 de junio fuimos atacados en nuestros acantonamientos por el ejército ruso. El enemigo se engañó acerca de las causas de nuestra inacción; ha reconocido demasiado tarde que nuestro descanso era el sueño del león, y ahora se arrepiente de haberlo turbado.

»En las jornadas de Guttstadt, de Heilsberg, en la eternamente memorable de Friedland, por último en diez días de campaña, hemos tomado ciento veinte cañones y siete banderas, hemos muerto, herido y hecho prisioneros á sesenta mil rusos, hemos quitado al ejército

enemigo todos sus almacenes, sus hospitales, la plaza de Königsberg, los trescientos buques que había en este puerto cargados de municiones de toda especie, y ciento sesenta mil fusiles que enviaba la Inglaterra para armar á nuestros enemigos. Con la rapidez del águila nos hemos trasladado desde las orillas del Vístula á las orillas del Niemen. En Austerlitz celebrasteis el aniversario de la coronación; este año habéis dignamente celebrado el de la batalla de Marengo, que puso fin á la guerra de la segunda coalición.

»Franceses: habéis sido dignos de vosotros y de mí. Volveréis á entrar en Francia cubiertos de laureles, después de haber conseguido una paz gloriosa que lleva consigo mismo la garantía de su duración. Tiempo es de que nuestra patria viva tranquila al abrigo de la maligna influencia de la Inglaterra. Mis beneficios os prabarán mi agradecimiento, y hasta dónde se extiende el amor que os profeso.

»Campamento imperial de Tilsit, 22 de junio de 1807.»

Más aún que á Napoleón, urgía el abrir las negociaciones á los dos soberanos vencidos. El príncipe de Labanoff, que era uno de los rusos que más sinceramente deseaban la concordia entre la Francia y la Rusia, volvió á Tilsit el día 24 solicitando una audiencia de Napoleón, que inmediatamente le fué concedida. Manifestó en ella ese magnate ruso el vivo deseo de concluir la guerra que animaba á su soberano, lo muy disgustado que estaba de la alianza inglesa, la impaciencia extremada que tenía de ver al grande hombre del siglo y de explicarse con él de una manera franca y cordial. No deseaba poco Napoleón conocer al joven soberano de quien tanto había oído hablar, y cuyo talento, gracia y seducción le inspiraban mucha curiosidad y poco temor, porque al trabar relación con los hombres siempre estaba más seguro de seducir que ser seducido. Aceptó, pues, Napoleón la entrevista propuesta para el día siguiente, 25 de junio.

Quiso que se celebrase con cierto aparato aquella entrevista de los dos príncipes más poderosos de la tierra, abocados para poner término á su sangrienta contienda. Hizo que el general de artillería Lariboissiere colocase en medio del Niemen una espaciosa balsa á igual distancia de las dos orillas. A un lado de esta balsa se construyó un pabellón, revestido con las más ricas estofas que pudieron proporcionarse en la pequeña ciudad de Tilsit, para recibir á los dos monarcas. El día 25, á la una de la tarde, se embarcó Napoleón, acompañado del gran duque de Berg, del príncipe de Neufchatel, de los mariscales Bessieres y Duroc, y del caballerizo mayor Caulaincourt, y al mismo tiempo dejó Alejandro la otra orilla, acompañado del gran duque Constantino, los generales Benningsen y Ouwarow, el príncipe de Labanoff y el conde de Lieven. Las dos embarcaciones llegaron á un mismo tiempo á la balsa situada en medio del Niemen, y el primer movimiento de Napoleón y de Alejandro, al aproximarse, fué el de abrazarse. Este testimonio de una franca reconciliación hizo prorrumpir en aplausos á los numerosos espectadores que cubrían la orilla, que lo divisaron perfectamente por no ser el Niemen en aquel paraje de mayor anchura que el Sena. En efecto, los dos ejércitos estaban formados á lo largo del río, los pobladores medio

silvestres de aquellos campos se habían agregado á las dos huestes, y los testigos de aquella grande escena, poco versados en los secretos de la política, al ver á sus soberanos abrazarse, creyeron sinceramente celebrada la paz y concluida ya para siempre la efusión de su sangre.

Después de este primer homenaje, Alejandro y Napoleón entraron en el pabellón que estaba dispuesto para recibirlos (1). ¿Por qué nos hacemos la guerra?, se

(1) Es muy difícil saber con exactitud lo ocurrido en las largas entrevistas que Napoleón y Alejandro celebraron en Tilsit. Sobre este punto han recorrido la Europa entera las más falsas relaciones, y no sólo se han supuesto entrevistas quiméricas, sino que además se han publicado una infinidad de tratados completamente fabulosos con el nombre de artículos secretos de Tilsit. Los ingleses principalmente, para justificar su conducta posterior con Dinamarca, han dado á luz muchos supuestos artículos secretos de Tilsit, unos inventados por los coleccionistas de tratados después de los sucesos, otros verdaderamente comunicados á la sazón al gabinete de Londres por espías diplomáticos que ganaron muy mal en aquella ocasión el dinero que se les prodigaba. Merced á los documentos auténticos y oficiales á que se me ha permitido acudir, voy á publicar por la primera vez las verdaderas estipulaciones de Tilsit, así públicas como secretas; voy sobre todo á dar á conocer la substancia de las entrevistas de Napoleón y Alejandro. Me serviré para este objeto de un monumento altamente curioso, condenado probablemente á permanecer secreto largo tiempo, pero del cual puedo extractar sin indiscreción todo lo relativo á Tilsit; hablo de la correspondencia particular y mutua de Savary y Caulaincourt con Napoleón. El general Savary residió varios meses en San Petersburgo como enviado extraordinario: Mr. de Caulaincourt permaneció allí varios años con carácter de embajador. La lealtad del uno y la veracidad del otro excluyen toda duda sobre la escrupulosidad con que revelaron á Napoleón la verdad entera, y debo declarar que el lenguaje sincero de esta correspondencia los honra mucho á ambos. Temiendo substituir su juicio al de Napoleón, y queriendo ponerle en el caso de juzgar por sí mismo, se acostumbraron á unir á sus pliegos una sumaria por preguntas y respuestas de sus conversaciones íntimas con Alejandro. Así el uno como el otro tenían con él diarias entrevistas de la mayor familiaridad, y refiriendo palabra por palabra cuanto les decía, llegaron á trazar sin la menor pretensión un retrato el más interesante y seguramente el más exacto de aquellas negociaciones. Muchas personas, principalmente entre los rusos, para disculpar á Alejandro de su intimidad con Napoleón, explicaban esta intimidad como una estratagemia política, y haciendo al zar más profundo de lo que era, suponen que engañaba á Napoleón. Si hubiera leído la correspondencia de que se trata, ni siquiera hubieran imaginado este singular pretexto. Aunque Alejandro era disimulado, también se abandonaba fácilmente á sus impresiones: así es que en las referidas entrevistas le vemos continuamente perder la reserva y descubrir todo su pensamiento. Cierto es que por algún tiempo se adhirió, no precisamente á la persona de Napoleón, que le inspiró siempre cierto recelo, sino á su política, y que la favoreció con actividad extremada. Había concebido una ambición muy natural, que Napoleón dejó desarrollarse, lisonjeándola cierto tiempo y acabando por frustrarla. Entonces fué cuando Alejandro se separó de la Francia, y se separó antes de declararlo, lo cual constituyó por un momento la astucia que le valió el encomio de los rusos, y que sin embargo no fué en realidad astucia, por cuanto era bien fácil discernir en su lenguaje y en sus movimientos involuntarios el cambio de sus disposiciones. Si fuéramos á decir aquí cuál fué aquella ambición de Alejandro que lisonjeó Napoleón y que por fin dejó burlada, interrumpiríamos el hilo de nuestra narración para pasar á tiempos ulteriores. Por ahora, sólo nos cumple decir de qué manera han podido servirnos para esclarecer el misterio de Tilsit las entrevistas de Alejandro con Savary y Caulaincourt. He aquí cómo hemos procedido para llegar á este resultado. Alejandro, que conservaba vivo el recuerdo de Tilsit, hablaba sin cesar á Savary y á Caulaincourt de todo lo que allí se había hecho y dicho en la memorable entrevista, y les refería á menudo las conversaciones de Napoleón, los dichos, ya ingeniosos, ya profundos que había oído de su boca, y sobre todo, las promesas que suponía haberle hecho.

preguntaron el uno al otro al empezar su plática. Napoleón, en efecto, sólo perseguía en la Rusia á un aliado de la Inglaterra, y la Rusia por su parte, aunque justamente recelosa de la dominación continental de la Francia, más servía á los intereses de la Inglaterra que á los suyos propios, encarnizándose en la lucha como acababa de hacerlo. «¿Si no perseguís más que á la Inglaterra, dijo Alejandro á Napoleón, fácilmente estaremos acordados; porque yo estoy tan quejoso de ella como vos.» Entonces refirió sus quejas contra la Gran Bretaña, la avaricia, el egoísmo que había demostrado, las falsas promesas con que le había alucinado, el abandono en que le había dejado, y por último, todo cuanto le inspiraba el resentimiento de aquella guerra desastrosa que había tenido que sostener con sus solas fuerzas. Escudriñando Napoleón los sentimientos de su interlocutor para lisonjearlos, bien pronto advirtió que eran dos principalmente los que á la sazón le dominaban: un erajo profundo contra unos aliados, ó gravosos como la Prusia ó egoístas como la Inglaterra, y además un orgullo tan sensible como humillado. Esforzóse, pues, en probar al joven Alejandro que sus aliados habían abusado de él, y que se había conducido con valor y con nobleza: esforzóse en persuadirle de que la Rusia se engañaba queriendo patrocinar á vecinos ingratos y celosos como los alemanes y sirviendo á los intereses de unos traficantes codiciosos como los ingleses, atribuyó este error á sentimientos generosos llevados al exceso y á malas inteligencias originadas por ministros inhábiles ó corrompidos; por último, celebró con extremo el valor de los soldados rusos, y dijo al emperador Alejandro que reuniendo los dos ejércitos que con tanto arrojo habían luchado uno contra otro en Austerlitz, en Eylau y en Friedland, portándose ambos en estas jornadas como verdaderos gigantes, aunque con la venda en los ojos, se podía dominar el mundo para su felicidad y reposo. En seguida con mucha discreción le insinuó que con hacer la Rusia la guerra á la Francia agotaba inútilmente sus fuerzas sin compensación posible, mientras que uniéndose con ella para dominar el Oriente y el Occidente por mar y por tierra, conquistando la misma gloria, recabaría seguramente mayor provecho. Sin entrar en más explicaciones, pareció como tomar á su cargo la prosperidad de su joven antagonista con más eficacia aún que los que le habían empeñado en una carrera donde hasta entonces no había encontrado más que reverses. Verdad es que Alejandro tenía compromisos contraídos con la Prusia, y que era menester que su honor saliese ileso de esta posición, por lo cual le dió á entender Napoleón que le restituiría todos los Estados prusianos necesarios para cubrir

Trasladadas fielmente todas estas cosas en el mismo día á Napoleón, éste las negaba algunas veces, y otras las reconocía visiblemente, no pudiéndolas negar. Ahora bien: de esta especie de reproducción contradictoria de unos mismos recuerdos, sacamos nosotros los pormenores que vamos á referir, y sobre cuya autenticidad no cabe la menor duda. Hemos logrado además proporcionarnos otra fuente extraña, igualmente auténtica y oficial, que es la comunicación de varios partes de sumo interés, que contienen los desahogos de la reina de Prusia, á su regreso de Tilsit, con un antiguo diplomático digno de su confianza y de su amistad. Valiéndonos de todos estos materiales, hemos trazado el cuadro que va á leerse, y que creemos el único verdadero entre todos los que se han compuesto sobre las memorables escenas de Tilsit. (N. del A.)

sus compromisos con sus aliados, hecho lo cual, el gabinete ruso quedaría en plena libertad de emprender una política nueva, única verdadera y provechosa, pa-recida en toda á Catalina la Grande.

Esta entrevista, que duró más de una hora, en la cual se tocaron todas las cuestiones sin profundizarlas, hizo en Alejandro la más viva impresión. Napoleón acababa de abrirle una nueva perspectiva, lo cual es siempre grato á todo ánimo versátil, y sobre todo descontento. Por otra parte, muchas veces, en medio de sus derrotas, reconociendo los inconvenientes de aquella encarnizada guerra á que se veía arrastrado, y las ventajas de un sistema de unión con la Francia, se había dicho á sí mismo Alejandro la mitad de lo que Napoleón acababa de decirle, aunque no con aquella claridad, con aquella energía, y sobre todo con aquella seducción propias de un vencedor que se acerca al vencido, llenas las manos de presentes y llenos los labios de palabras halagüeñas. Alejandro quedó seducido; Napoleón lo conoció y se prometió hacer en breve la seducción completa.

Después de haber lisonjeado al monarca quiso halagar al hombre. «Vos y yo, le dijo, nos entenderemos mejor tratando directamente que valiéndonos de nuestros ministros, que á veces ó nos engañan ó no nos comprenden, y más adelantaremos en una hora que nuestros negociadores en muchos días. Entre vos y yo no debe mediar ninguno.» No era posible adular á Alejandro de una manera que le fuese más grata, porque se le atribuía sobre cuantos le rodeaban la misma superioridad que con justicia ejercía Napoleón sobre todos sus servidores; entonces Napoleón le propuso dejar la aldea en que estaba alojado y establecerse en la pequeña ciudad de Tilsit, que se declararía neutral para recibirle, y donde podrían á todas horas y personalmente tratar de sus negocios. Aceptó Alejandro con entusiasmo esta proposición, y se acordó que Mr. de Labanoff pasase aquel mismo día á Tilsit para disponer lo necesario. Faltaba sin embargo tratar del desgraciado rey de Prusia, que estaba en el cuartel general de Alejandro esperando su sentencia y la de su reino. Ofrecióle Alejandro llevarle también á la balsa del Niemen y presentarle á Napoleón para que éste le tranquilizase; era menester, en efecto, antes de dejar un sistema político por otro, que Alejandro salvase alguna parte de la corona de su aliado, si no quería cubrirse de mancilla. Napoleón, que tenía ya tomado su partido sobre este asunto, y que reconocía que era menester otorgar ciertas concesiones para poner á cubierto el honor de Alejandro, accedió á recibir al rey de Prusia al día siguiente. Salieron entonces los dos soberanos del pabellón, y pasando de las cosas serias á las frases de mera cortesía cumplieron á los que formaban su comitiva. Trató Napoleón con lisonja al gran duque Constantino y al general Benningsen; Alejandro felicitó á Murat y á Berthier como dignos lugartenientes del capitán más grande de la edad moderna. Separáronse tributándose nuevas señales de amistad, y después los dos emperadores volvieron á embarcarse entre los aplausos de los numerosos espectadores agolpados en las orillas del Niemen.

Por la tarde pasó el príncipe de Labanoff al cuartel general francés para disponer todo lo relativo al establecimiento del emperador en Tilsit. Convino en que

declararía neutral la ciudad de Tilsit, ocupando la mitad de ella el emperador Alejandro, y la otra mitad el emperador Napoleón; que la guardia imperial rusa pasaría á la orilla izquierda para hacer la guardia á su soberano, y que este cambio de residencia se verificaría al día siguiente después de presentado el rey de Prusia á Napoleón.

En efecto, al siguiente día 26 de junio pasaron los dos emperadores al medio del Niemen lo mismo que la víspera, y observando la misma etiqueta entraron en el pabellón donde se había celebrado su primera entrevista. Llevaba consigo Alejandro al rey de Prusia. Este príncipe había recibido de la naturaleza muy pocas seducciones, y era muy natural que la pesadumbre y la desgracia no le favoreciesen tampoco mucho. Era un hombre honrado, sensato, modesto, pero desmañado; no se inclinó ante el vencedor, y se mantuvo triste, digno é inflexible. No podía ser larga la plática, porque era el vencido de Napoleón el protegido de Alejandro, y si bien parecía que había cierta disposición á restituírle parte de sus Estados, lo cual hacía más probable la entrevista de la víspera, sin embargo era meramente la política de Napoleón la que otorgaba esta restitución al honor de Alejandro; pero lo que es por él nada se hacía, para nada se le buscaba, y por consiguiente no había explicaciones que darle. La entrevista por lo tanto fué corta, como no podía menos de serlo. Sin embargo, el rey de Prusia puso mucho empeño en probar que no había cometido el menor desafuero contra Napoleón, y que si después de haber sido largo tiempo el aliado de la Francia, se había trocado en enemigo suyo, era sólo por causa de las circunstancias, y no por una mala fe de que tuviera que sonrojarse un hombre de honor. Napoleón por su parte afirmó que no tenía nada que echarse en cara, y demasiado prudente, como demasiado generoso para vejar á un príncipe humillado, se limitó á decirle que el gabinete de Berlín, amonestado muchas veces á no fiarse de las intrigas de la Inglaterra, había cometido el yerro de desoír este amistoso consejo, y que sólo á esta causa debían achacarse los infortunios de la Prusia. Añadió Napoleón que la Francia victoriosa no pretendía sacar de sus victorias todas las consecuencias posibles, y que quizá en breves días tendrían todos la dicha de concertarse acerca de las condiciones de una paz honrosa y duradera. Separáronse los tres soberanos después de una entrevista que apenas duró media hora. Decidióse que también el rey de Prusia pasase, aunque más tarde, á establecerse en Tilsit, cerca de su aliado el emperador de Rusia.

Aquel mismo día á las cinco pasó Alejandro el Niemen, salióle Napoleón al encuentro hasta la orilla del río, le condujo al alojamiento que le estaba destinado, y le recibió á comer con los más grandes honores y los más delicados miramientos. Desde aquel día se convino en que el emperador Alejandro, que no tenía consigo su servidumbre, comería y almorzaría diariamente con el emperador Napoleón. Pasaron la noche juntos y conversaron largo tiempo de una manera confidencial, y su naciente intimidad se manifestó por ambas partes con una familiaridad que era al mismo tiempo noble y graciosa.

Al siguiente día montaron á caballo para pasar revista á la guardia imperial francesa. Los veteranos de la

revolución, sucesivamente soldados de la república y del imperio, y siempre servidores heroicos de la Francia, se presentaron con orgullo al soberano á quien habían vencido. No podían hacer gala á sus ojos de la aventajada estatura y de la marcha regular y acompañada de los soldados del Norte; pero sí hicieron alarde de aquella soltura en sus movimientos, de aquella seguridad de sus actitudes y de aquella mirada perspicaz que explicaba sus victorias y su superioridad sobre todos los ejércitos de Europa. Alejandro los halagó mucho, y ellos correspondieron á sus lisonjas con las repetidas exclamaciones de *¡viva Alejandro!*, *¡viva Napoleón!* Hacía cuarenta y ocho horas que los dos soberanos, que estaban abocados ya, habían cobrado una confianza que les permitía explicarse libremente; entonces desarrolló Napoleón á los ojos atónitos del emperador Alejandro los designios á que quería asociarle y que acababan de sugerirle varias circunstancias todavía recientes.

La situación de Napoleón en aquel momento era verdaderamente extraordinaria. Haciendo resaltar la grandeza de su genio y la prodigiosa elevación de su fortuna, descubría al mismo tiempo los flacos de su política, política excesiva y variable como las pasiones que la inspiraban. Hemos hablado con frecuencia de las alianzas de la Francia en aquella época; hemos dicho repetidas veces que á menos de realizar el fenómeno espantoso y felizmente imposible de la monarquía universal, era indispensable que Napoleón procurase granjearse en Europa algo más que enemigos, pública ó secretamente conjurados contra él, y que debía esforzarse en lograr por lo menos un amigo. Hemos dicho que la España, nuestra más antigua y natural aliada, estaba completamente desorganizada, y destinada hasta su completa regeneración á servir de pesada carga á los que se uniesen con ella; que la Italia estaba por formar; que la Inglaterra, inquieta á la sazón acerca de la posesión de las Indias, alarmada de vernos establecidos en el Texel, en Amberes, en Brest, Cádiz, Tolón, Génova, Nápoles, Venecia, Trieste y Corfú, como propietarios ó como dominadores, estaba irreconciliable con nosotros; que el Austria se mostraría implacable mientras no se le restituyese ó hiciese olvidar la Italia; que la Rusia nos tenía envidia en el continente como la Inglaterra en el Océano; que sólo la Prusia, rival natural del Austria, vecina amenazada de la Rusia, potencia protestante, innovadora y enriquecida con los bienes de la Iglesia, era la única cuyos intereses políticos y cuyos principios morales no fueran absolutamente incompatibles con los nuestros, y que en ella era preciso buscar el amigo fuerte y sincero con cuyo auxilio se desarmasen ó sofocasen en su cuna todas las coaliciones posibles. Pero ya hemos visto que la Prusia, colocada entre los dos partidos que dividían á la sazón el mundo, incierta y vacilante, había incurrido en los desafueros de la debilidad, así como Napoleón había cometido los de la fuerza. Que de aquí había resultado un rompimiento deplorable, que Napoleón había logrado la inmensa gloria militar y la inmensa desgracia política de destruir en quince días una monarquía que era nuestra única aliada posible en Europa, y por último que, habiendo querido los rusos socorrer á los prusianos en Polonia del mismo modo que habían socorrido á los austriacos en la Galitzia,

habían sido derrotados en Friedland lo mismo que en Austerlitz.

Vencedor de todo el continente, rodeado de potencias sucesivamente batidas, una diez días atrás en Friedland, otra en Jena hacía ocho meses, y diez y ocho meses atrás la tercera en Austerlitz, era Napoleón dueño de elegir al que quisiera, no ya entre amigos sinceros, sino entre amigos solícitos, sumisos y obsequiosos. Si por una trabazón de circunstancias casi imposible de vencer no hubiera llegado todavía para él el momento de poner á prueba la alianza rusa, hubiera podido en aquel momento conjurar en cierto modo el destino, volver de repente á las vías de la buena política para no salir más de ellas, y en este nuevo camino hubiera encontrado un poderío más real que aparente, y quizás una duración eterna, si no para su dinastía al menos para la grandeza de la Francia, á quien amaba tanto como aquélla. Para esto tenía que conducirse como vencedor generoso y, con un acto imprevisto, aunque no en manera alguna chocante, restablecer la Prusia abatida, reorganizarla con más fuerza y más extensión que antes, diciéndole: «Has cometido una sinrazón, has carecido de franqueza conmigo, y te he castigado; pero olvidemos tu derrota y mi victoria; en vez de cercenarte te doy más ensanche para que seas por siempre mi aliada». Ciertamente que Federico Guillermo, que odiaba la guerra, que todos los días se arrepentía de haberse dejado arrastrar á ella, y que después, en 1813, cuando Napoleón medio vencido sólo ofrecía una presa fácil de devorar, todavía titubeaba en sacar partido del cambio de la fortuna, y sólo volvió á tomar las armas porque se lo impuso su pueblo; ciertamente, repito, este rey, después de las jornadas de Jena y de Friedland, nunca hubiera tomado parte en una coalición, y entonces Napoleón, habiéndoselas sólo con el Austria y la Rusia, no hubiera sido derrotado. Si Napoleón hubiera deseado una corona en Alemania para uno de sus hermanos, deseo imprudente y malhadado en verdad, hubiera tenido á su disposición la Hesse, que la Prusia le hubiera entregado con satisfacción suma. Hubiera tenido en suspenso la suerte del Hannover, como dispuesto á dárselo á la Inglaterra en pago de la paz, ó á la Prusia en pago de una alianza íntima, y hubiera dejado sin un solo motivo de queja al emperador Alejandro, á quien nada tenía que dar ni quitar, reconstituyendo la Prusia inmediatamente después de la común derrota de rusos y prusianos; hubiérale reducido á tener que admirar al vencedor, y á firmar la paz sin desplegar los labios, para acordarse de Italia, de Holanda y de Alemania, que eran á la sazón los pretextos más frecuentes de las diferencias entre Rusia y Francia.

Ciertamente era esta una utopía, pero no de generosidad, aunque consideramos á Napoleón muy capaz de esas ideas imprevistas y deslumbradoras que brotan, por decirlo así, en todos los corazones grandes y sedientos de gloria; era una utopía relativamente á las combinaciones de la época. Entonces, en efecto, Napoleón se encaminaba á otras resoluciones muy diversas, impelido por la fuerza de las cosas que arrastra á todos los hombres, hasta á los más poderosos. En cuanto á alianzas, puede decirse que las había ya probado todas, aunque se hallaba en la mitad de su reinado: no bien ascendido al consulado, cuando sus ideas eran todas

sanas, prudentes y profundas, por ser las primeras que le inspiraba la contemplación de los sucesos, antes de corromperlas la costumbre de un poder prolongado, se dirigió á la Prusia y celebró con ella alianza; imperando Pablo I, pensó por un instante, aunque como remedio pasajero, unirse con la Rusia; durante la paz de Amiéns quiso también, por un momento hacer liga con Inglaterra, seducido por las ventajas de reunir el poderío marítimo al poderío terrestre, pero siempre de una manera pasajera, sin que dejase la Prusia de ser su íntima confidente y su cómplice en todos los negocios de Europa. Enemistado después con esta misma potencia hasta el punto de declararle la guerra, y reconociendo su aislamiento, se había dirigido al Austria con proposiciones que hubieran hecho poco honor á su penetración, á no haberle servido de justificación la necesidad de tener un aliado hasta en sus triunfos. Advertido en breve por los pérfidos armamentos que disponía el Austria y con la embriaguez de la victoria de Jena, creyó por cierto tiempo no necesitar de nadie. Trasladado á Polonia, y sorprendido después de la batalla de Eylau de los obstáculos que la naturaleza puede oponer al heroísmo y al genio, pensó de nuevo en la alianza con la Prusia; pero ofendido de las respuestas de esta potencia, menos expresivas de lo que él se prometía, y triunfante más que nunca en Friedland, urgiéndole finalmente poner término á una guerra lejana, no podía menos, al recorrer el círculo de sus pensamientos, de fijarse en uno no realizado todavía, y que tantas circunstancias actuales hacían muy halagüeño, cual era la alianza con la Rusia. Desviado definitivamente de la Prusia, que no había sabido sacar partido de su momentánea inclinación hacia ella, exasperado hasta el extremo por la artificiosa conducta del Austria, viendo á la Rusia descontenta de los aliados que tan mal la habían servido, creyendo encontrar en esta potencia la sinceridad que no había encontrado en la Prusia, por no ser su posición tan ambigua, y seducido, finalmente, por la novedad, que ejerce siempre su influjo aun en los corazones más enérgicos, juzgó Napoleón poder convertir á Alejandro en un aliado, ó por mejor decir en un amigo, dominando su imaginación, llenando su cerebro de ideas de ambición, y poniendo ante sus ojos deslumbrados fantasmas que era fácil formar y mantener cierto tiempo, pero no hacer durar mucho, á menos de irlos renovando con las más peligrosas satisfacciones.

Ofrecíase el Oriente como el más natural recurso para proporcionar al joven Alejandro estas satisfacciones, que si bien eran fáciles de imaginar y no tan fáciles de conseguir, quedaron de repente expeditas por una circunstancia accidental y reciente. Tan cierto es que, cuando llega el momento de que una cosa suceda, todo, hasta los accidentes más imprevistos, conspiran por su éxito!

Había Napoleón interesado á los turcos en su contienda, estimulándolos á disputar las provincias del Danubio á los conquistadores de la Crimea y el Egipto á los poseedores de la India. Prometiéndoles socorrerlos por tierra contra los rusos y por mar contra los ingleses, y empezó cooperando con sus oficiales á la defensa de los Dardanelos. Comprometiéndose, por último, á no firmar la paz sin hacerla común y ventajosa al imperio otomano. Pero el desgraciado Selim, odioso á los ule-